

La otra cara de la muerte

Juan Mario Sánchez Cuervo



LETRA X LETRA

Sánchez Cuervo, Juan Mario

La otra cara de la muerte / Juan Mario Sánchez Cuervo. --
Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

266 p. ; 22 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-128-4

1. Novela colombiana 2. Amor - Novela 3. Emociones -
Novela 3. Traición - Novela I. Tít. II. Serie.

Co863.6 cd 21 ed.

A1346460

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

La otra cara de la muerte

Primera edición: julio de 2012

© Juan Mario Sánchez Cuervo

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A #10 sur-107, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-128-4

Ilustración de carátula: *El boludo*, Pablo Andrés Mosquera Restrepo,
Medellín, acrílico collage sobre tela, 124 x 140 cm, 2010.

Editado en Medellín, Colombia

Tabla de contenido

En los cadáveres del tiempo	7
Ella	113
Apocalipsis Now	223

En los cadáveres del tiempo

1

Estaba atrapado dentro de mí, sin comunicación posible con el exterior. Sólo sabía que era un ser que necesitaba afianzarse en la existencia. No pude recordar quién era, porque la amnesia con su sombra me nublabla. Estaba en mi habitación como un proscrito indocumentado y anónimo. Busqué a tientas el citófono, sin orientación, pues había olvidado la relación espacial de mis cosas en el apartamento. Al fin encontré el interruptor de la luz y al activarlo todo continuó en tinieblas. El pánico se convirtió en paroxismo. Solo, sin poder aferrarme a ninguna certeza. Solo, ajeno a la realidad, incomunicado, en las fronteras de la nada. Aunque sabía que no podía gritar, hice un esfuerzo sobrehumano y brotó de mi garganta un alarido terrible. Desperté. Mi mente seguía en blanco. Despersonalizado, irreal, como una cosa absurda, flotante, sin nombre, sin memoria, sin historia. Estaba allí sin poder hacer nada, menos darle sentido al mundo que me rodeaba, tan vacío como yo. La sensación en tiempo “real” duró quizás algunos segundos; pero como el tiempo no existe o a lo sumo es relativo, ese lapso se me

hizo una eternidad. En mi etapa de filosofía en el Seminario Mayor me apropié de este principio: “El tiempo es un ente de razón con fundamento en la realidad”. Fundamentado en mi propia realidad conecté con el espacio y el tiempo, y así recobrada la conciencia me enganché al último vagón del tren de la vida. Ese tren de interminables vagones emitió un bramido. Desperté. Se había tratado de una pesadilla insoportable. La misma de las últimas noches. Debía significar algo. Así comenzó ese día, como una maligna premonición de los sucesos ulteriores. No recordé la fecha, pero sabía que se trataba de un viernes. En todo caso esos baches amnésicos, demostraban una sola cosa: mi deseo primigenio de desaparecer.

La mañana transcurrió con la resaca del mal sueño y de los últimos acontecimientos de esos oscuros días. Retorné a la existencia y a su carga de recuerdos. Los recuerdos pesan, le dan consistencia a la persona. Sin recuerdos no hay, no puede existir la individualidad. Yo soy en relación con, la memoria es un nexo *sine qua non*. Un hombre sin historia, sin memoria, es una cosa que flota en la nada, un negro globo vagando en la noche.

La recordé, me refiero a ella, y experimenté una angustia que invadió todo mi cuerpo, y no digo alma, porque a estas alturas de mi obnubilación no sé si exista, ni me interesa. Existe el cerebro, la mente (la loca) y todo su aparato intangible que me oprime. Siento la angustia en la raíz de mi cerebro, como un peso enorme, una molestia vaga e indescriptible. Algo así como un vampiro que succiona la energía vital que sube y baja por la médula espinal. Según mi

mala costumbre, permanecí en la cama. Podía darme la *dolce vita*, pues los viernes no trabajo en la universidad, además ya tenía preparada la próxima clase, una magnífica disertación sobre los temas tratados por Heidegger “El Dasein” y el “Ser-para-la-muerte”. Viernes, sábado, domingo, una bella trilogía para divertir mi angustia.

Así comenzó ese día, así como cualquier otro, porque desde que no está ella mis días son rutinarios: me acuesto tarde, me levanto tarde, voy a la universidad, leo un poco, una pequeña siesta, escribo, paso por el restaurante. Todo igual. Mi día comenzaba así. No se preveía ningún movimiento telúrico. Sonó el teléfono. Me comporté como el perro de Pavlov, sujeto al estímulo-respuesta. El estímulo era ella y la respuesta la ansiedad. Se trataba de Humberto, y todo para decirme que ya salía de su casa y que por favor fuera puntual. Negocié con él media hora para postergar el encuentro. Maldita sea, no me acordaba que existiera un Humberto y menos de una cita con tal fulano. Hacía mucho que no lo veía. No me apresuré. En verdad no me animaba ese encuentro. Los olvidos no son gratuitos. Teníamos ya muy poco en común. Los silencios se habían prolongado. Mis silencios son cada vez mayores. Me he convertido en un ser asocial, aislado y lo peor es que lo disfruto. Soy un misántropo, un anacoreta en medio de la multitud. Detesto las multitudes. Soporto a lo sumo dos seres humanos en una conversación, más de dos empalagan. De mi agenda telefónica he tachado casi todo los nombres. Sobreviven los de algunos familiares y el del restaurante. Vivo en guerra con el teléfono, me enerva. Recibo con frecuencia llamadas equivocadas, como si un ente anónimo quisiera constatar

que aún sigo aquí, o si alguien fuera de mí contesta o qué se yo. Tendría motivos serios para estar paranoico. Otras veces recibo llamadas inoportunas y deseo que cuelguen lo más pronto posible. Odio esas interrupciones que detienen el caos que me sobrevive: un fluir incesante, amorfo, una criatura locuaz e insufrible sin interruptor. Quien quiero que me llame no me llama y los que me llaman me desesperan... entonces continúa el desierto. En el amor sucede igual.

Todas las noches al llegar a mi apartamento, Lira mi mascota fiel hace la fiesta, la pobre tiene que esperar que yo cumpla un ritual: revisar el correo de voz y el correo electrónico, pero ninguna señal de ella.

Ese día había transcurrido hasta esa hora dentro de lo previsible. Hasta donde sea posible, procuro controlar las situaciones, anticiparme al futuro. Error fatal. Soy conciente de ello. Esta dimensión no es de lo controlable, sino de lo imprevisible. Esa certeza obsesiona, lleva al límite de la angustia a un individuo como yo. La multiplicidad de posibilidades juega conmigo como un muñeco que es lanzado aquí y allá, un títere que la suerte manipula. Quiero el control y nada está bajo mi control. Todo es volátil y huidizo. La contingencia a veces lanza fieramente sus zarpazos.

Acudí a la cita con Humberto. Como siempre llego puntual. Me dijo señalando su reloj que llevaba un cuarto de hora esperando. Más que puntual es sico-rígido, normativo, anal-retentivo, un neurótico como yo. Debo admitir con toda modestia que en cuanto al nivel de perturbación lo supero. Traía un bolso de mano y dentro de él: cepillo de dientes y de pelo, paraguas, libro de oraciones y un vademécum espiritual

que contiene, entre otras cosas la fórmula de exorcismo. Válgame Dios, Humberto ya tiene fama de exorcista en su barrio, como quiera que su maestro en este asunto fue un famoso taumaturgo, exorcista consumado y gran predicador, y que murió en olor de santidad en esta misma ciudad. Omíto su nombre porque es reserva del sumario. Baste decir que yo mismo acompañé a Humberto a esas sesiones con el referido taumaturgo, en las que expulsaba al demonio con gran autoridad, mientras la víctima echaba espumarajos y blasfemaba, hasta quedar exánime, luego de las imprecaciones del exorcista. Poco antes de morir el susodicho sacerdote nos confesó que el diablo lo llamaba por teléfono para amenazarlo de muerte, “que estuviera tranquilo que pronto se lo llevaría”. Desconozco las reales causas de su muerte, en todo caso estaba más loco que Humberto y todos los locos del mundo en cuya lista me incluyo *ad honorem*.

Estaba enumerando las cosas inútiles que llevaba Humberto, sin contar el *Detente*, una oración muy milagrosa al Corazón de Jesús que guardaba en la billetera. Yo portaba: paraguas, seda dental, paño limpia lentes, vitamina C y *Trópico de Cáncer* de Henry Miller. ¡Ah! Y un papelito SOS en mi billetera que explica con detalle lo que ha de hacerse conmigo si me da un vértigo, o en el peor de los casos si llego a sufrir un episodio de irrealidad amnésica: nombre completo, documento de la EPS, tipo de sangre, dirección y teléfono de un familiar y de la portería de mi edificio. Par de personajes formales éramos nosotros: ex-seminaristas, ex-misioneros, ex-temporáneos, ex-céntricos y muchos más ex, que gramaticalmente hablando significaba que estábamos

fuera de, como decir fuera de contexto, fuera de la realidad, cuasi locos y tal vez locos de remate. Por ley universal lo semejante atrae lo semejante, tan verdadera como la atracción de los cuerpos o la ley causa-efecto. Los seres se enganchan, y esto es cierto tanto en el terreno del amor como en el de la amistad. Por ejemplo, en el restaurante que frecuento se sientan siempre a la misma mesa, a la misma hora, cuatro loquitos pensionados del Municipio (*isimilia similibus curantur?*). Oscilan entre los sesenta y sesenta y cinco años. No sufren de demencia senil, tienen rayado el disco duro desde hace muchos años. Dos son mellizos, uno de ellos no tiene dientes, los perdió en una brutal pelea con su hermano. A los cuatro los llamamos por economía mellizos, a cuál más chiflado. El tercero es un hombrecillo silencioso que cuenta con varias entradas al manicomio de Bello: agita las manos y la cintura simultáneamente en un grotesco tic nervioso. El otro día lo observé en el templo echándose no sé cuántas bendiciones frente a distintas imágenes de santos. El cuarto es un sujeto taciturno, enigmático, con aspecto de científico loco y cabello a lo Einstein. Los cuatro son místicos y dialogan en una jerigonza incomprensible, mientras toman tinto y fuman una y otra vez. El uno pregunta una cosa y el otro contesta otra que no tiene nada que ver con la pregunta planteada. Cada cual hablando su tema en particular disfruta de un diálogo ameno en una babel de ideas inconexas e incoherentes, al tenor de la calidez del café y de la fumarola que apesta mi cena. Cuando no están conformes con alguna respuesta, el mellizo desdentado con rostro de topo y gruesos lentes, le plantea la cuestión a uno de los comensales. El asunto

gira en torno a temas tan abstractos como la eternidad de Dios, la vida en el más allá o el libre albedrío. Al principio lograban involucrarme en aquellas discusiones y yo hacía alarde de mis conocimientos teológicos. Citaba a Santo Tomás de Aquino (*Doctor Angelicus*), a San Agustín, San Buenaventura o a la misma palabra revelada. El topo mirándome con sus lentes culo-de-botella añadía a mi disertación: “¿vivo?”. Pero él no veía nada, los otros no veían nada y la babélica mesa, extractada de un pasaje de *Alicia en el País de las Maravillas*, continuaba en una ininteligible discusión hasta que cerraban el restaurante o quedaba pendiente para el otro día. Terminé por mostrarme indiferente porque no me dejaban comer tranquilo con el apestoso humo y la preguntadera compulsiva. Me limitaba a asentir con amabilidad fingida, lo que era suficiente para que el mellizo consabido, abriendo tamaños ojos dijera con satisfacción: “¿vivo?”. Cuando me río de los mellizos, acaso me río de mí mismo y de todo aquel oscurantismo que padecí. Me reconozco obsesivo-compulsivo, es decir un redomado neurótico, *c'est la vie*, y qué se puede hacer. Disfruté mucho la película *Mejor Imposible*, dirigida por James L. Brooks, ahí estaba yo, tal cual. Lo semejante atrae lo semejante, suficiente ilustración.

Humberto y yo somos un par de sujetos “volados”. Empecé a alejarlo de mi vida porque su influencia me estaba induciendo al misticismo. Soy proclive a la rumia filosófica o teológica y a las mortales dudas de los insoportables escrúpulos. Hacíamos penitencias medievales como la auto-flagelación, ayuno los viernes y rosario de rodillas todos los días. Lo conocí una noche en el templo de mi parroquia,

recién salido (aunque más correcto sería decir que lo “salieron”) del Seminario. Se llegó hasta el altar en un recorrido de rodillas y con las manos extendidas al cielo. El párroco que me tenía en gran estima, me aleccionó diciendo que me alejara de Humberto porque era un deschavetado y de un temperamento ciclotímico. Cuando apareció ella para cambiar mi destino, ya habían quedado atrás Humberto y los ritos medievales. Con ella arrojé lejos el cinturón de castidad y comencé a recorrer otro camino, opuesto, pero también dirigido a la cruz.

Nos habíamos visto por última vez en una velada de oración en su casa. Esa noche contemplamos los misterios dolorosos. Me concentré tanto en Cristo crucificado, inmolado en la cruz por toda la humanidad, que tuve una visión en la que su sangre caía sobre mí, y revelaba el insondable abismo entre su gracia y mi pecado. Tras la visión sobrevino el escrúpulo: una obsesión invencible que me decía sin atenuantes teológicos ni consuelo humano, que yo merecía el infierno, por lo cual ya estaba condenado. Se cuenta que San Agustín llegó a su conversión tras escuchar una voz que le decía “toma y lee”, pues abrió la Biblia al azar y se encontró la cita que le venía a su caso y empezó una nueva vida. Lo propio le ocurrió a San Ignacio de Loyola, que cansado de la vida que llevaba consultó el sagrado libro y se encontró con este consejo: “¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Marcos 8; 36). San Francisco de Asís y otros tantos santos tenían la buena costumbre de consultar la Biblia al azar y al punto obtenían una respuesta. ¿Quién vino a decirme que yo podía imitarlos? Heme allí jugando a la ruleta rusa

con la Palabra de Dios, como aquel incauto suicida, que antes de su letal decisión quiso consultar siguiendo el método ya reseñado. Con el resultado de que el infeliz se encuentra con esta cita que lo reconfirma en su tragedia: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto” (Juan 13; 27).

Como el burro flautista, sometido a la casualidad y a la fatídica ley de Murphy, abro la Biblia al azar y me encuentro con esta joya: “[...] Dios perdonará a los hombres todos los pecados y todo lo malo que digan, pero no les perdonará que con sus palabras ofendan al Espíritu Santo” (Mateo 12; 31). Como creí que esa cita no venía al caso, la abro nuevamente al azar y me sale la misma. Bendita suerte la mía. Las que me pasan por terco e imprudente. ¡Oh! Implacable Murphy, no tuviste compasión de mí. No me pregunten por qué un hermeneuta como yo, un teólogo agudo, se dejó involucrar por un texto descontextualizado y que a todas luces significaba esto: sólo quien se cierra a la misericordia de Dios, quien no quiere salvarse, Dios no puede salvarlo, Dios quiere y puede, pero si alguien no quiere, Dios respeta el libre albedrío. Obcecado, angustiado, desesperado, vagué varios meses como alma que está sin estar en el mundo, como un verdadero condenado *a priori*. Anduve de confesionario en confesionario y de pastor en pastor, sin ningún consuelo. No me tranquilizaban las brillantes elucubraciones del *Doctor Angelicus*, en torno a si existe algún pecado irremisible o imperdonable, y por lo tanto continuaba perturbado al leer el capítulo de la *Suma Teológica* que trata el asunto de si alguien desde esta vida ya está predestinado para la condenación eterna. Si la mente más lúcida en teología y lógica Aristotélica, y que además era

para mí el paradigma de la inteligencia, santidad y sabiduría, si el aquinate, no podía ayudarme en mi obsesión, entonces estaba perdido.

Recuerdo un sábado, tarde gris, sol agonizante, bajando de un bus que venía de la universidad y que me vomitó en la Avenida la Playa. Recuerdo la ruptura epistemológica, teológica, antropológica y existencial, para decirlo todo: fue una iluminación instantánea que desconoce Humberto, porque él cree que sigo siendo el mismo. Él parte del supuesto de que soy católico y que si me invitara en estos momentos a rezar un rosario, entonces me pondría de rodillas, como un condenado que le ofrece el cuello al verdugo para que lo decapite. Con los creyentes me porto como creyente y con los no creyentes como no creyente. Como entiendo que este mundo es un circo, al son que me toquen bailo. No es doble moral, es instinto de supervivencia en medio de esta horda salvaje. Fue una iluminación instantánea: tenía que matar a Dios o el me mataría. Un sábado, tarde gris, sol agonizante, maté a dios como sugería Nietzsche. Era él o era yo. No fue un acto volitivo, repito, fue una iluminación. El bus me vomita en la Avenida la Playa, con lágrimas en los ojos grito a viva voz: ¡dios no existe! El evangelio dice que cuando cristo murió a las tres de la tarde un día viernes “[...] dio otra vez un fuerte grito, y murió. En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27; 50-51). Pues dentro de mí también se rasgó el velo de mi supuesta alma, simplemente dios no existía. Recordé: los masacrados en Colombia, con o sin motosierra; las fosas comunes descubiertas de miles de

torturados; recordé a mi hermano José Aguilera, su tortura y agonía; pensé en la primera y segunda guerras mundiales; pensé en Etiopía, Kenia, Uganda y toda el África negra famélica, la del SIDA y el ébola; África convertida en campo experimental de las grandes potencias. Recordé la injusticia y el sufrimiento de siempre; la sangre incontenible que se ha bebido la tierra insaciable. Pensé en todos los seres humanos de todos los tiempos, adorando y calmando con sacrificios inútiles a un dios que es menos que un sueño. Recordé a las víctimas humanas y animales, un arroyo escarlata incesante, derramado para calmar a ese dios furioso, sin cuerpo, sin ojos, sin alma, sin oídos.

Corría Playa abajo, infierno abajo, gritando como Arquímedes su “eureka”: ¡dios no existe! Debí pasar por loco, pero qué me importaba si loco estaba. Recuerdo aquella noche en el Seminario Mayor cuando rezando el Rosario en comunidad, tuve la primera iluminación: “y si” Dios no existiera, ¿“y si” toda esta letanía insulsa, toda esta locura, expiación convertida en rezos y súplicas se estrellaran contra la muralla sorda y muda del vacío? Estaba allí, Playa abajo, condenado a otro absurdo más, por cuanto todo lo mío es absurdo: un teólogo que no cree en dios. Condenado a disertar sobre un ser inexistente. Mayor inautenticidad no podía existir. Hubiérase visto un biólogo que no cree en la vida; un historiador que no cree en la historia; un geólogo que no cree que la tierra exista, un thanatólogo que no cree que la muerte exista, un psicoanalista que no cree en el inconsciente. Estaba solo, solo y sin dios: un teólogo ateo.

Corrí sin parar hasta mi apartamento. No se qué aspecto terrible tenía que el portero del edificio al verme pasar

abrió la boca y bajó los ojos. Allí estaba Lira, mi única esperanza de que Dios existiera, que la Bondad Universal existiera, ella era la bondad. Me tiré en la cama, y luego (que Lira me perdone), arrojé al suelo todo cuanto estaba a mi lado. La Biblia se estrellaba contra las paredes; escupí a diestra y siniestra y rompí el espejo como símbolo de mi vida inauténtica. Lira temblaba (perdóname Lira); blasfemé contra ese dios inexistente, hasta quedar cansado, cansado; dormí, dormí...

Estaba en mi apartamento. Las tenues luces llegaban hasta mi habitación desde los faroles nocturnos. Sentí un viento huracanado a mis espaldas que levantó la sábana que me cubría. Era un fuerte ventarrón cálido. Quise voltearme para conocer la causa de ese viento huracanado, pero no me fue dado moverme. Dije: si eres tú, aunque no creo en ti, llévame hasta el otro extremo de la habitación. Así lo hicieron. Volví a hablar: no creo, no creo en ti. Pero si eres tú, llévame hasta el otro extremo del apartamento. Así lo hicieron. Me regresaron a mi cama, después desperté.

Cuarenta años vagué por el desierto de una fe estéril, improductiva. Como Moisés ambicioné la tierra prometida. Tierra inexistente. Cuarenta años dejan cicatrices. Renunciar a ese dios que me forjaron generó una crisis peor, pero necesaria. Ya no había excusas: mi vida estaba *a terra plana*, la dura realidad tocaba a mi puerta. No existía prehistoria espiritual, ni vida futura. Simplemente la vida es. Se es individuo una sola vez, antes de uno el silencio y después de uno el silencio. Nuestro paso por la existencia es intrascendente, no le hacemos ni cosquillas al mundo, la nada no puede hacer nada. No hay retorno, ni otras

oportunidades, no hay más allá. Para un débil mental como yo es más fácil creer; pensar que la vida no es lo que aparenta; que hay un sentido para todo dolor; que habrá un consuelo para toda lágrima; que el sufrimiento es un incienso de agradable olor que purifica el universo. Pura mierda. El camino difícil y heroico manda: uno es sólo una vez, la vida es lo que es. O lo aceptas o te pegas un tiro en el pecho (en el tierno corazón) como José Asunción Silva. Aquí prima la selección natural y la ley del más fuerte. Es necesario vivir desde la razón y la realidad. Para hacer más vivible este mundo invivible, respetemos las normas del sentido común y de la convivencia, desde la ética: lo demás es paja.

Ese sábado, tarde gris, sol agonizante, maté a dios; pero Él resucitaba en mí una y otra vez. Yo soy cobarde y como ya dije débil mental: como teólogo, necesito a Dios. Por aquellos mismos oscuros días, una mañana, después de despertar caí en un estado de somnolencia. Podía oír el ruido de los automóviles que transcurrían tras la ventana. Era conciente de mi situación espacio-temporal. En esa especie de estado cataléptico, vi con los ojos de la mente, no del cuerpo, pasando de izquierda a derecha una figura serena vestida con un traje blanco, de la cual parecía emanar una luminosa paz y cuyo rostro era invisible (primera parte). Luego una voz como la del locutor más cultivado del mundo, voz que era música para el alma, me susurró palabras ininteligibles en un tono dulce y amoroso (segunda parte). Y por último unas grandes manos blancas se posaron sobre mí, y fue el tronar de relámpagos. Una descarga eléctrica me

sobrevino, cascada atronadora que nutría mis neuronas y mi cerebro en general (tercera parte). Desperté. Fue un día de gran paz, como el de mi primera comunión. Había sido el Dulce Señor que con suaves mimos de Padre, respondía a mis blasfemias. El que tenga entendimiento que entienda, el que tenga ojos que lea: dios no existe, pero Dios, El Que Es, el innombrable, el incomprendible existe. Nadie tiene derecho a quitarle la fe a otro, cada quien es administrador de su propia estupidez.

Soy escrupuloso, como ya lo he dicho, mi conciencia es estrecha. Lo descubrí en un tratado de teología moral que estudié en el Seminario. Mi conciencia me conduce a Dios. Además qué sería de este mundo sin Él. Si algún científico pretendiera demostrar la no existencia de Dios y se le llegara a creer, entonces hermanos terrícolas, agarrémonos del pelo, porque esta nave que gira en torno a sí, en torno al sol, y que viaja hacia un destino ignoto, estallaría entre gritos apocalípticos, sería el caos del caos, el fin de los tiempos. Necesitamos a Dios, por eso dejémoslo en su sitio. Yo maté a dios, aquel sábado, tarde gris, sol agonizante, Playa abajo, y dejo la posibilidad de que El Que Es (Dios) exista, más allá de toda lógica, de todo pensamiento y lenguaje. Además yo soy teólogo, y tengo que seguir hablando de Dios, aunque piense que dios no existe.

Toda esta extensa digresión para recordar mi último encuentro con Humberto y explicar los abismos que nos separaban, sobre todo luego de mi etapa con ella. En todo caso yo ya no era el mismo. No se quién le había dado mi número telefónico, tampoco se lo quise preguntar. Al

escucharlo sentí una helada fruición. Él representaba una época de oscurantismo que no se quiere volver a recorrer, un pasado ridículo de una infantil mentalidad religiosa. Pero no dejaba de ser mi viejo amigo y su situación que rayaba con el desespero no podía serme indiferente. Necesitaba que lo escuchara. Era un individuo terco, tozudo, absurdamente persistente. En esencia un caso perdido. Lo encontré algo avejentado, con un rictus de amargura, a pesar de su expresión de ceremoniosa bondad, amén de esos eclesiales amaneramientos que se contagian en los Seminarios. Pobre Humberto, hace varios años lo “tuseron”, es decir, su ordenación quedó en *stand by, ordinatio interruptus*. Aún persiste en buscar un obispo que lo ordene. Esos chupasangres lo han explotado enviándolo a misiones por tierras de paludismo y de malaria. Luego le salen con que “búsquese otro carisma y otra diócesis”. Debían fusilarlo de una vez diciéndole: “jamás lo vamos a ordenar, no pierda usted su tiempo, no persista, si le da la gana péguese un tiro, pero esto no es para usted”. Pero no, le dan esperanzas, lo exhortan a que siga orando, buscando sin encontrar. Otro Moisés que vaga por el desierto en busca de la tierra prometida, que no es más que eso: una promesa. Desangrado, quemado, re-tusado, re-mamado, así tienen a Humberto. Cuando un obispo despide a un seminarista o le niega su ordenación, no tiene que dar explicaciones a nadie, porque él es la voz de Dios. Cuando un obispo ordena es Dios quien ordena y cuando un obispo “tusa” es Dios quien “tusa”. Y si lo demandan por ello, no hay juez que valga. ¿Que lo detienen por desacato al juez? Entonces tenemos un nuevo mártir canonizable en pocos años. A propósito de

canonizaciones, no es por méritos que la iglesia eleva a los altares, es al mejor postor, quien ponga más. Breve repaso por la hagiografía: un rey medieval que dirigió las cruzadas (vergüenza para la cristiandad), muy pronto, después de su muerte, fue elevado a los altares. Un curita español, muerto en los años setenta, ya en los noventa era santo. Tanto tienes, tanto vales. En Colombia tienen como candidato a santo (y no duden que lo va a ser), a un monseñor que mandaba matar liberales, porque según él, valían menos que gallinazos. Cuatro siglos tardaron en canonizar a Fray Martín de Porres, por el solo hecho de que era mulato. Así muchos otros no serán canonizados hasta después de quinientos años o más, hasta que a los señores del Vaticano, sin inspiración divina, les dé la reverenda gana. El afán de canonizar tiene fines políticos o económicos. En todo caso: “Santo, Santo, Santo es el Señor todopoderoso” (Isaías 6; 3). Hablo con la certeza de quien habitó los claustros de una estúpida mentalidad medieval, orientada por la rigidez y la verticalidad, llamémosla en latín, que es la lengua de los ángeles: *stultitia*.

A Humberto lo “tusaron” por su temperamento polvorín, pues se enciende por nada. ¿Quién no se enciende con las hormonas alborotadas, mientras la bestia sexual, que en todos los humanos habita, es reprimida con vanos exorcismos? Ejemplo: un sacerdote, ex compañero mío de Teología, tuvo una crisis en plena misa. Se despojó de los ornamentos y se quedó frente a la feligresía estupefacta, desnudo como un Adán extemporáneo en un show simiesco. Fui a visitarlo a la clínica de reposo. Como quiera que me pidió un consejo, mi receta fue sencilla: durante

algún tiempo haga y deshaga, déle rienda suelta al animal. Así lo hizo. Hoy en día es un pastor centrado, feliz en su ministerio. Véanme a mí, el otrora santurrón y mojigato, a quien apodaban Inocencio, dando semejantes consejos. Oh! Amada y odiada mujer, a ti te debo mi despertar. Fuiste lo mejor y lo peor. De ti podré decir lo que sea, despotricar en mi encono, calificarte con los peores epítetos. Sólo tú me amaste. Fuiste cáliz y letrina, infierno y cielo, vida y muerte. A ti donde quiera que estés y con quien estés, rindo mi homenaje sincero: sólo tú y sólo tú, así es.

La jerarquía persigue a los espíritus rebeldes, críticos, irreverentes. Odia a los que no tragan entero, los que están del lado del pobre y del perseguido. Humberto, con su personalidad contestataria, es una amenaza. “Hombre, no seas güevon, no te les arrodilles a esos fariseos. Ellos ordenan fácilmente a una loca. Hay tantas locas de sotana, que es una vergüenza. Yo mismo tuve compañeros en el Seminario que a todas luces eran maricones declarados y hoy andan por ahí pavoneando su ministerio. Después de que estuve en tu casa, la última vez, ¿recuerdas? En esa vigilia de oración, tuve una crisis mística prolongada. Estuve al borde del suicidio. Busqué un sacerdote que conocía desde niño. Lo tenía en un pedestal, y adivina qué pasó. Lo llamé como cosa urgente. Me dijo que me esperaba en su parroquia inmediatamente. Cuando llegué a su iglesia, el Santísimo estaba expuesto. Un coro de viejas mojigatas rezaba con devoción. Él se hallaba en un costado del altar. Yo estaba aturdido por mi perturbación obsesiva, pero conservaba algo de lucidez. Me dio un beso en la mejilla y luego un abrazo, que no me sorprendió, pues supuse

que era por el cariño que me tenía, toda vez que fue mi pastor durante once años. Me hizo pasar a la sacristía. Me desahogué contándole mis angustias místicas. Desestimó mis tribulaciones diciendo que él me conocía, que sabía de mi bondad, que yo era un mimado de Dios. La situación tuvo un vuelco total. Como él era el representante de Dios en la tierra, empezó a mimarme: me besó de nuevo en la mejilla; luego una que otra nalgada; después un beso en la frente; en esta mejilla otra vez y en la otra... Y por fin en la boca, beso asqueroso, reseco, nauseabundo (de esos de los que dice la canción: “que me supo a cucaracha”). Fue suficiente. Por más loco que yo estuviera, no era un güevon para dejarme utilizar. Loco sí, loca jamás, eso ya lo tenía muy claro. Salí confundido, decepcionado. En el centro de Medellín más de un automóvil frenó en seco por causa mía. Cuánto le debo a ese beso asqueroso. Humberto, yo ya desperté”. Y continué diciéndole: “En mi seminario las sobras de alta calidad nutritiva las tiraban a los cerdos. Y algún seminarista, brillante él, cuando cuestionó la supuesta caridad y expuso la contradicción entre la acción y la predicación fue expulsado de inmediato. En ese tiempo yo era una imbécil y sumisa oveja del redil. Ya me cansé de todo eso. En la comunidad de los pobres, en la que estuve enclaustrado, a los políticos, ricos y gentes de influencia social los ubican en primera fila durante las misas solemnes y en la mesa principal en los grandes banquetes. Nunca un menesteroso. Recuerdo de niño que los viernes santos a Cristo siempre lo bajaban de la cruz y lo depositaban en el sepulcro los magnates de mi pueblo. Humberto, entiende esto: *per secula seculorum*, mientras existan las jerarquías

en la iglesia católica se practicará la doble moral. No matar, pero bendicen las armas que matarán al prójimo. No robar, pero nos roban al verdadero Cristo, al Cristo vivo. Nos enseñan un Cristo mojigato, severo, amargado, juzgador, culpabilizante. Entrás a un templo y ves por todas partes Cristos caídos, derrotados, sangrantes, sufrientes. Mensaje inconsciente, que entre otras cosas, sin decir nada dice: 'sufrid, sufrid que en la otra vida seréis felices'. Si alguno se siente feliz por algún motivo, muy veladamente se sentirá culpable. Y ay de aquél que tenga buen sexo: en esta vida el castigo y en la otra la posibilidad del infierno. Pregúntales a los abuelos por qué cubrían las imágenes de santos cuando iban a hacer el amor. No fornicar, pero muchos de ellos cargan con el lastre aberrante del abuso a menores de edad durante siglos. Ellos, siguiendo a San Pablo el severo, el más extremo moralista, condenan sin autoridad moral a los homosexuales. Predican la práctica de la caridad, pero no optan radicalmente por los pobres. Doble moral: alcancías para las almas del más allá, que disfrutan los pícaros del más acá. Mercaderes de la salvación. Infalibilidad papal, un ser humano infalible: ¡ja! El ser humano es un ser-para-el error, así como es un ser-para-los-gusanos, falible, equívoco por esencia. Juegan con la supuesta verdad: que el infierno es fuego eterno, que no, que es un estado, que es ausencia de Dios y fuego eterno, que no es un lugar, que no existe, que sí existe. Que existe limbo, que no existe. Que existe purgatorio y luego dicen que no existe. Impusieron la fe con la espada, justifican guerras y torturas, pero pegan el grito en el cielo cuando se promociona el condón. Doble moral: rezagos de una malparida mentalidad medieval.

Mitras, báculos, oro, sus reverencias, excelentísimos. Que yo sepa el único excelentísimo y reverendo es el culo. No hay mayor servilismo y ruindad en un hombre que el llamar a otro mortal excelentísimo o su majestad. En este universo existe sólo un Rey y una sola Majestad, lo humano es humo, ceniza, nada de la nada. En el siglo XV terminó la edad media y ellos apenas están entendiendo que deben salir de ella. El tiempo a un ritmo, ellos a otro. Todos somos iglesia, afirman, pero ellos son la iglesia, tienen la verdad, no se equivocan. Te dicen que fuera de la iglesia no hay salvación: ¡ja! Se acomodan por conveniencia y negocio a los sistemas de gobierno: abandonan las ovejas del redil cuando llega el lobo a devorarlas. Una aparición Mariana para desprestigiar el comunismo, para satanizarlo. Condenan a quienes quieren, excomulgan a quienes piensan diferente a ellos. Humberto, no seas güevon. Ellos odian a los irreverentes, a los que tienen personalidad. Necesitan sumisión, seres que renuncien a su libertad, a la individualidad, a la vida misma. Quieren como siempre han querido, meter miedo, adormecer al rebaño y dejarlos listos para el matadero. Hace pocos años llegó a una institución educativa donde yo trabajaba, una peregrinación con la Virgen de Fátima, la misma que al condenar el comunismo, miraba con buenos ojos al capitalismo, porque ninguna palabra pronunció en contra de este otro flagelo (todo extremo es nocivo y así capitalismo y comunismo y cualquier fundamentalismo no deja de ser flagelo: *in médium stat virtus*, en el término medio está la virtud, sentenció el *Doctor Angelicus*). La entronización de ese yeso pintado fue apoteósica: misa con obispo, banda de guerra y pólvora incluida. Un senderito

de niños con banderitas en la mano, le abría paso al fetiche. En el momento culmen de la ceremonia se dejó escuchar la voz draconiana de una religiosa de civil, de esas que llaman laicas comprometidas: ¡Viva la Virgen de Fátima! Y el populacho respondía: ¡Viva! ¡Viva la España católica! ¡Viva! ¡Viva Colombia, hija de España! ¡Viva! Sólo le faltó decir: ¡Viva la España franquista! No faltaba más”. Continué diciéndole a Humberto: “Despierta, hombre. Vas a cumplir medio siglo y mírate, sin trabajo, arrodillado ante un obispo para que te ordene. Dignidad, hombre, ¡joder! El mundo es amplio, hay muchas perspectivas de misión y servicio”.

Decidimos dar un paseo por Junín y terminamos sentados en las escalas del edificio Coltejer. Allí le permití desahogarse conmigo... Mientras, vi un hombre viejo, frustrado, sin rumbo, con la moral en caída: un pájaro sin vuelo, las alas rotas y el pico torcido. Un hombre al que le habían arrebatado los sueños. Me decía que él se sentía sacerdote, aunque no estuviera ordenado. Que no necesitaba que lo ungiera un ser humano. Lo decía con resentimiento. Y continuó con esa cháchara religiosa que ya no soporto. Por eso me había alejado de él. Yo ya no comulgaba con esas cargas moralistas que en otro tiempo por poco acaban con mi vida. El día que renuncié al sacerdocio fue para siempre. Recuerdo ese día: regresé a mi casa sin *clergyman*, sin sotana, desorientado, deprimido, neurotizado, incrédulo, sin certezas, sin Dios. Solo, con un rompecabezas por armar, cada pieza representaba una parte fragmentada de mi vida, extraviada en el caos. Una crisis de muchos años, porque la vocación te imprime un carácter, esa especie de halo

que siempre está en tu frente, como una señal divina. En cierta ocasión en que caminaba solitario por Villanueva, lo que en otro tiempo fue la Curia de Medellín, un sacerdote anciano se detuvo para decirme que en mi frente se podía leer: sacerdote eterno. Cuasi sacerdote soy. Realicé todos los estudios de filosofía y teología, alcancé a recibir el diaconado y pocos días antes de mi ordenación volvía a casa, como quien vuelve derrotado de la guerra. Desde niño fui forjado para el Seminario, mentalizado para el sacerdocio, y cuando regresas a casa como un laico del montón, sin reverencias, sin fiesta, sin esa admiración parroquiana que se les prodiga a los religiosos, eso hiere tu ego. Caen pedestales, dioses, dogmas. Tu familia parece otra contigo, quedas sin aureola, sin privilegios, te ven, en esencia, como el fracaso encarnado. Esa ruptura yo ya la había trasegado. De padrecito a profesor de filosofía y teología, del púlpito a las aulas. Pero Humberto estaba inmerso aún en esos pajazos mentales y sólo un milagro del cielo podría salvarlo.

Continuó con su discurso emocional recargado de conceptos como misión, predicación, vocación. Hasta que no pude más. Lo interrumpí para decirle que hiciera lo que le diera la gana, pero que a mí me parecía un ingenuo, un idiota útil que se dejaba manipular, y le di este consejo: “Consígase una vieja y póngase a trabajar en lo que sea y no más asuntos eclesiales”.

Finalizando la conversación, caímos en la cuenta, de que sentado a nuestras espaldas y pendiente de todo cuanto decíamos, estaba un fulano feo, maloso, de esos sapos que abundan en este país y que tienen por orden ser antenas, ojos, lengua asesina: batracios del asfalto. En este mundo

ya no hay espacio para la intimidad: ojos y oídos por todas partes, cámaras, micrófonos ocultos, satélites... Qué locura, con razón estamos tan paranoicos. El hombre le dice al hombre: “Yo seré tu pesadilla favorita”, ya lo dijo Sartre: “El infierno son los otros”.

Despaché a Humberto con un espaldarazo fraternal. En el abrazo de despedida sentí esa soledad infranqueable que convierte cada ser humano en una trinchera, en una luna solitaria y fría sobre un telón oscuro y abismal. Me dijo al despedirse esta exhortación inocua e inútil, tan propia de los cristianos: “Ore por mí”. Veinte años orando y orando hasta las heces, entre lágrimas. Entre más reza más debe, ¿para qué orar por él? Seguí mi ruta pensando en las ironías de la vida: un hombre en crisis, le había pedido consejos a otro que sobrellevaba una crisis peor. Humberto estaba fregado, pero yo estaba llevado del putas. Él no tenía empleo, ni dinero, ni sacerdocio, pero tenía esperanzas. Yo tenía lo materialmente necesario, pero en cambio era un cadáver, lo mío estaba resuelto. Seguí mi camino como un caracol que lleva a cuestas su angustia.

La tarde de ese día, iba por las calles céntricas de Medellín musitando los versos de Barba Jacob: “Hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres”. Ese día en particular la angustia se había instalado en mi cuello. Allí respira y se aferra a mí como un pulpo devorador de mis energías esenciales. Es una criatura que vive muy dentro de mí, a pesar de mí. No puedo eliminarla, es parte de mi naturaleza. Somos inseparables, dos, pero uno sólo. El pulpo va conmigo a todos lados, sus tentáculos me oprimen. Es una angustia primigenia, inconsciente, gratuita, irracional. Arrastro con ella desde

temprana edad. No hay motivo, simplemente es. Vengo de un hogar tradicional antioqueño, católico, rígido, severo y religioso. El único pecado que no se debía cometer era el de la impureza. “Hombres y mujeres huelen a difunto”, me inculcaron. Asuntos entre el ombligo y las rodillas estaban vedados. Las mujeres eran el diablo. El peor pecado era “hacer cochinas”. Los íconos de la época reforzaban esa mojigatería. Por un lado cuadros de un purismo exacerbado: níveas mujeres de miradas eclipsadas, rodeadas de diáfanas aguas, blancos cisnes y ángeles asexuados entre nubes mármóreas o rubiecitos niños bajados del séptimo cielo. Y por otro lado: un cuadro que representaba la muerte del justo y la del pecador, con ángeles llorando y un demonio, con la lengua afuera, intentando desnivelar la balanza hacia la eterna condenación. Y este otro que me traumatizó, representaba las postrimerías: en un extremo, en las alturas, la Jerusalén celestial con ángeles y trompetas y un desfile de peregrinos (todos sufrientes) camino a la cruz: cojos, enfermos, religiosos de rostros compungidos. Hacia el otro extremo en descenso, un carnaval con circo, payasos, putas, músicos, bailarinas, camino de rosas y risas, y luego, una puerta ancha y tras la puerta el abismo, el infierno, el lago de azufre, en donde Satanás y sus secuaces disfrutaban atormentando: cuadro paródico del Dante, simulacro de *La Divina Comedia*. Los primeros versos que aprendí fueron estos:

Dar y quitar
campanas de hierro,
por un caminito
derecho al infierno.

¿Me pueden creer si les cuento que todavía al recitarlos me estremezco? Porque seguro que para el infierno iba yo, si seguía con mi mala costumbre de hacer cochinas con mis amiguitos de infancia. Desde entonces soy un poeta escatológico.

Todavía en los años sesenta (y con mayor razón en los pueblos, y más en el oriente antioqueño tradicionalmente conservador y religioso) subsistían rezagos de una moral enferma influenciada por el jansenismo. Cornelio Jansenio (1585-1638): fiel seguidor de la doctrina de San Agustín y autor de las famosas cinco tesis heréticas sobre la gracia y la predestinación (que fueron condenadas por el Papa Inocencio X en la Bula *Cum Occasione*), se propuso no sólo purificar la iglesia católica de sus vicios y errores, sino que además pretendió modificar la teología que se fundamentaba en el filosofismo aristotélico. Los aspectos principales que le dan forma al jansenismo son los siguientes: anhelo de restauración eclesiástica a partir de la disciplina y severidad de los primeros siglos del cristianismo, falso agustinismo, rigorismo moral, estrechez de criterio, puritanismo, falsa ortodoxia. De hecho, esta última característica la convierte en la más peligrosa herejía, puesto que se presenta bajo la apariencia de un catolicismo puro y de un ascetismo immaculado. En esencia promovía un perfeccionismo más propio para ángeles que para seres humanos. Fueron los seguidores de Jansenio (Arnauld, Saint-Cyran, Pascal, la M. Angélica de Port-Royal y Quesnel), los que propalaron sus graves errores y hasta fueron más allá. Me interesa hablar aquí del rigorismo que imponían para las prácticas de los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía. En cuanto

al primero, exigían la contrición perfecta, mientras que para la recta doctrina basta con la atrición de corazón. En cuanto al segundo, predicaron una extrema delicadeza a la hora de comulgar, lo cual más bien generaba terror en los fieles y terminaba alejándolos de un sacramento que debía generar paz en el alma y no angustia. A pesar de las constantes condenas de los papas de turno, el veneno de Jansenio terminó filtrándose en monasterios y conventos, e incluso se ha mantenido a través del tiempo gracias a prácticas litúrgicas rigoristas amparadas por muchos sacerdotes e incluso obispos. Toda esa parafernalia fue terreno abonado para que germinara en las conciencias débiles uno de los peores tormentos que puedan existir: el escrúpulo. El jansenismo que tuvo sus orígenes en el siglo XVII, llegó hasta mí en el siglo XX. ¡Ay! benditos teólogos, en quienes se cumple la sentencia de Jesús: “¡Ustedes, guías ciegos, cuelean el mosquito, pero se tragan el camello!” (Mateo 23; 24). Cristo sintetizó el camino: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” (Mateo 22; 37) y “ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22; 39). San Agustín lo resume aún más con gran sabiduría: “Ama y haz lo que quieras”. Pero nosotros, benditos teólogos, lo enrevesamos todo.

Algunos incautos afirman que cuando Dios quiere conducir un alma a la santidad le envía la prueba del escrúpulo: San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales, Santa Catalina de Siena, etc. No quiero rebatir esa tesis, simplemente pienso que no se puede confundir la ascética con la enfermedad mental: cuánto dolor, cuántos suicidios, cuánta locura en los claustros a causa de un pu-

ritanismo que disonaba con las dulces palabras de Jesús: “Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? [...] tampoco yo te condeno ahora, vete y no vuelvas a pecar” (Juan 8; 10-12); o “El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra” (*Ibíd.*)

Recuerdo mis prematuros escrúpulos recién hice la primera comunión. Las terribles palabras del severo San Pablo parecían un decreto para mí: “Y así cualquiera que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor” (1^a Corintios 11; 29-30). O sea, se come y se bebe su propia condenación. Escrúpulos no de un mes o dos, un año o dos, sino más de veinte años. Y para acabar esa sopa orgánica putrefacta, negra y viscosa que se coció en mí desde la niñez, el suceso que marcaría todos los ámbitos de mi existencia un 19 de junio, sábado-tarde-gris-sol-agonizante, cuando apenas contaba catorce años.

2

Así arrastraba mis elucubraciones aquella tarde, luego de despedirme de Humberto, cuando Playa arriba, llegando a Girardot, me encuentro con Claudia y su esposo, o su novio, qué se yo. La llegué a amar en silencio. Nunca existió nada entre los dos, salvo una amistad sin mayores privilegios. Los saludé con una de esas sonrisas estúpidas que acostumbro y seguí mi camino. Al mirar hacia atrás y verlos partir tomados